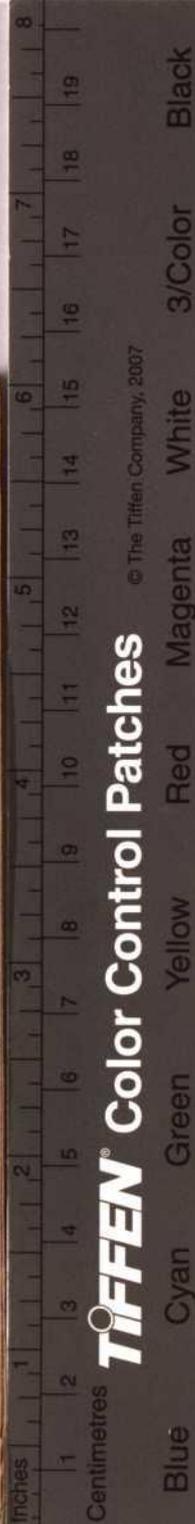


LA NOVELA DE HOY  
EL CUENTO <sup>4</sup>  
DE LOS  
CINCO PERROS  
*por José Ortega Manilla.*



# Nuestros Concursos

## EL DE NOVELAS

### BASES

**LA NOVELA DE HOY** invita a todos los escritores de nuestro idioma a un Concurso de novelas, con las siguientes bases y condiciones:

1.<sup>a</sup> Los originales, rigurosamente inéditos, vendrán escritos a máquina por un solo lado, en cuartillas de tamaño corriente, y en número de cuarenta a cincuenta. Se presentarán los trabajos firmados con un lema, que corresponderá al de un sobre cerrado y lacrado, en el cual se indique nombre y domicilio del autor.

2.<sup>a</sup> Un Jurado competente, cuyos nombres no se harán públicos hasta después del fallo, elegirá las diez novelas que estime mejores. Abiertas las plicas de las obras elegidas, publicaremos los nombres de los autores.

3.<sup>a</sup> Las novelas recomendadas se editarán alternándolas con otras de las ya adquiridas, abonándose a los autores, en la fecha de su publicación, la cantidad de 300 pesetas.

4.<sup>a</sup> Cada ejemplar de **LA NOVELA DE HOY** llevará un boletín de votación, recortable, para que todo lector pueda otorgar su voto a una de las diez novelas seleccionadas por el Jurado; enviando dicho boletín, bajo sobre, al Apartado de Correos 473, e indicando en el sobre: "Voto para el Concurso de **LA NOVELA DE HOY**".

5.<sup>a</sup> Transcurrido un mes desde la publicación de la última novela recomendada, se procederá, ante notario, al recuento de los votos recibidos, otorgándose tres premios: el primero, de 1.500 pesetas; el segundo, de 1.000 pesetas, y el tercero, de 500, a las tres novelas que más sufragios hayan reunido.

6.<sup>a</sup> Los concursantes enviarán sus trabajos por correo certificado, o a mano, a nuestras oficinas, Prado, 2, de tres a cinco de la tarde, los días laborables. El plazo de admisión se cierra el 31 de agosto próximo.

7.<sup>a</sup> Los originales no premiados quedarán a disposición de sus autores.

t. 1130151

C.

250  
**LA NOVELA DE HOY**

Director: ARTEMIO PRECIOSO

Año I

9 Junio 1922

Núm. 4

**GIORDANO**

O

**EL CUENTO DE LOS CINCO PERROS**

NOVELA

POR

**JOSÉ ORTEGA MUNILLA**

Ilustraciones de José Zamora.



MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.

1922

LA NOVELA DE HOY

Director: ANTONIO RIVERA

Núm. 4

3 Junio 1934

Año 1

GIORDANO

EL CUENTO DE LOS CINCO PERROS

NOVELA

1.ª Ed.

JOSE ORTEGA Y GONZALEZ

Traducción de José Rivera



EDITADO

EN LA OFICINA DE LA EDITORIAL

DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

1934



DG  
COM

## A MANERA DE PRÓLOGO

---

Don José Ortega Munilla.

*Nos hallamos frente a una figura venerable, llena de autoridad y prestigio. Don José Ortega Munilla, maestro de periodistas y literato ilustre, nació en Cárdenas (Cuba) el 26 de octubre del año 1856. Pero cuando yo le interrogo acerca del punto de su nacimiento, agrega:*

*—Pero vivo desde mi primera infancia en Madrid. Soy, pues, castellano...*

*Mas lo sorprendente en el maestro es la intensa labor que realiza. ¡Cualquiera piensa que D. José tiene ya sesenta y seis años! ¡Cuántos escritores no viejos caen casi materialmente rendidos después de emborronar cuarenta cuartillas!*

*Ortega Munilla escribe a diario en A B C; colabora en más de veinte periódicos americanos y extranjeros;*

como académico tiene también que realizar intensa labor...

—¿Cuándo se manifestó su vocación literaria, querido don José?

—Desde que, siendo niño, leí el Quijote. Cervantes es mi padre.

—¿Cuándo y dónde publicó por vez primera?

—El año 1878, en El Diario de El Ferrol.

—¿Fue usted durante mucho tiempo director de El Imparcial?

—Fui seis años director del periódico que fundó Gasset y Artime.

—Se dice que usted siempre ha acogido a los escritores jóvenes con una generosidad poco común. ¿Qué me dice usted de esto?

Ortega Munilla sonríe y dice:

—¿Que si protejo yo a los jóvenes? ¡Ya lo creo! ¡Como si yo fuera su padre! Igual...

—¿Ha recibido usted ataques profesionales, llamémosles así?

—Pocos. Los he olvidado hace tiempo.

—Dígame, ¿cuál cree usted que ha sido el periodista más grande de España?

El maestro no vacila un segundo, y pronuncia un nombre venerado unánimemente por todos:

—Augusto Suárez de Figueroa.

—¿Qué año ingresó usted en la Real Academia Española?

—En abril del 1902.

—¿Cuál cree que es la obra más grande de la literatura universal?

—De eso no hay ni qué hablar: Don Quijote.

—¿Quiere usted referirnos alguna anécdota de su vida?

—Querido amigo, yo no tengo anécdotas... He vivido en la diaria anécdota de matarme a trabajar...

—¿Cuál de sus obras le gusta más?

—Ninguna.

Al despedirme del bueno, del venerado Ortega Munilla, siento una emoción tenue, que inunda mi alma de melancolía. ¡Don José Ortega Munilla! En el periodismo es una institución, un monumento viviente; en la literatura, una autoridad verdadera; en su vida particular, un santo. ¡Y tiene que trabajar para vivir, a los sesenta y seis años! ¡Y aun él nos decía, al despedirnos, que agradecía que no lo hubiésemos olvidado al solicitar su colaboración valiosísima! ¡Un hombre que por su historia, por sus méritos, por su vida inmaculada, por sus obras, por todo, debería tener millones!

Tenía razón Fernández Flórez; tenía razón Pérez de Ayala: ¡Quién va a sentir envidia en España hacia

*un escritor, como no sean otros escritores tan detestables como el coeficiente cultural del país?*

*Ortega Munilla era casi un niño cuando terminó la carrera de leyes. Y en seguida se dedicó al periodismo. Y pasó por La Iberia, por El Parlamento, Los Debates, El Imparcial... Y la lista de sus obras es larga... Ved algunas de las más antiguas: La Cigarra, Sor Lucila, Lucio Trelles, El tren directo, Don Juan Solo, Panza al Trote, Orgía de hambre...*

*¡Este último título sí que es, por desgracia, un símbolo, en España, para los escritores... y para los maestros de escuela, cuyo apetito sirve de ludibrio en una frase popular, que ha alcanzado la categoría de adagio! ¿Cabe mayor vergüenza?*

*Antonio Precios*

En el antiguo descampado de Maudes, donde es fama que se reunían las brujas de Castilla la Nueva para celebrar sus fiestas sabatinas, existe, y existirá durante muchos años, un campamento de aventureros, mejor diríamos de desdichados. Es la legión del hambre. Allí van los que no tienen donde albergarse. En los estíos, duermen a la intemperie, y en los inviernos y épocas de lluvia organizan con tablas rotas, con pedazos de latas y con otros desechos semejantes una ciudad maloliente, de la que van siendo expulsados los habitantes por un terrible juez de desahucios: por la Muerte. No hay autos judiciales, no hay los diálogos entre el propietario y el inquilino: la orden se ejecuta sin dificultad. No es que el que allí moraba haya de inquirir nuevo domicilio. Ya le tienen buscado el suyo, el definitivo, el perpetuo. Vienen los empleados de la municipalidad con un automóvil y se llevan al cementerio al que tuvo la audacia de fundar allí su residencia. Y este rincón siniestro, espantoso, uno de los más tristes de la vida madrileña, con

ser tan triste en verdad, es conocido entre los que andamos por los andurriales circundantes con el nombre de "Viena". He de advertir que este título es mūy anterior a la guerra y al desastre de la elegante Corte austriaca. Cuando alguien le puso el mote a esa pseudo-barriada se intentaba un contraste: siendo Viena la ciudad de las supremas elegancias, de los delicados placeres, del vicio triunfante y seductor, estaba muy bien que se contrapusiera a todas esas alegrías aquel espantoso pedazo de tierra, donde iban a morir los hambrientos.

Y este es el lugar donde comienza la escena. Ahora voy a contaros los personajes que allí conocí yo.

## II

En una alegre mañana del mes de octubre llegaron a "Viena" diez o doce personas, tres caballos y cinco perros. Dos de los caballos tiraban de un carromato cubierto con un toldo desgarrado. El otro caballo iba atado al carro. Entre las personas de aquella tribu iban cuatro mujeres y dos niñas. Los demás eran hombres. Es decir, también había un niño de unos doce años. El guiaba las bestias que tiraban del carro. Los hombres, o mozos grandullones, que iban detrás del vehículo, así que llegaron al lugar en que sin duda habían pensado, vieron en torno y eligieron el sitio en que habían de acampar. El jefe de la colonia era un anciano que cojeaba, de enorme pelambreira blanca, de barbas y bigotes profusos. Vestía con un antiguo poncho militar, en el que aún quedaban algunos botones dorados con la marca del regimiento de donde procedía la prenda. Llamábase este sujeto Melandro Goizueta. Era dueño de la caravana, su guía y su explotador. Fumaba una larga pipa de barro, de la que salía nauseabundo humo. De cuando en cuando

sacaba del bolsillo de su gabán una botellita llena de aguardiente, y de ella bebía algunos tragos. En verdad que no estaba llena la botellita, ya se había agotado, y así, lo primero que hizo Melandro fué lo mismo que hizo el gran Macedón cuando llegó a las orillas del Tigris. Sabido es que Alejandro Magno sentía un grande amor al vino, y parece que murió de haberse embriagado, tomó un baño en agua fría en el momento máximo de la excitación cerebral y sanguínea. Melandro llamó a Giordano, esto es, al niño que guiaba el carro, y le dijo:

—Ven aquí, Giordano. Toma esta botella, vete a aquella casa blanca que allí lejos está y que me la llenen y que te den otras dos botellas iguales, pagando el contenido y el vidrio.

Y entregó al muchacho las monedas que él estimaba necesarias para esta compra.

Giordano, el niño a que antes he aludido, hizo parar a las bestias. No le costó gran trabajo: los dos caballitos apenas podían tenerse en pie. Resoplaban con angustia. Sus cuerpos estaban llenos de mataduras. Era un dolor verlos.

Y Giordano escapó rapidísimamente hacia el lugar en que su amo, Melandro, había señalado.

Una de las muchachas que formaban parte de la tropa sacó del carro un banquillo para que en él se sentase Melandro. Hizolo, continuó el viejo fumando y dijo a los que le rodeaban:

—En verdad os digo que no sé a dónde vamos a ir a parar. El otoño avanza, ya no es posible que in-



J.M. Gamboa

tentemos fiestas de títeres en las aldeas y en los pueblos. Yo apenas tengo unas cuantas pesetas. ¿Cómo he de pagaros el sueldo que tenemos establecido, ni cómo he de daros de comer?

Zelucco, que así se llamaba el presunto hércules de la compañía titiritera, avanzó hacia su maestro y le dijo:

—Bueno es que sepamos vuestros propósitos. Cier- to es que en la última temporada no ganamos lo que antes; es decir, lo que antes ganasteis vos, porque nosotros no hemos ganado nunca sino con escasez lo convenido. En cuanto a la pitanza, ha sido siempre tan mala, que yo, que tengo la pretensión de ser el hércules, no puedo con un peso de cinco libras.

Melandro dejó de fumar. Miró a Zelucco y le dió esta respuesta:

—Sí, os trato mal; pero es porque no puedo trataros mejor. ¿Pensáis acaso que yo guardo en mi cartera muchos billetes de Banco. No como sino lo que vosotros coméis. Bebo un poco más, porque sin ese beber me faltarían ideas para guiaros y para entusiasmar al público. Estoy muy fatigado, muy rendido, muy triste...

—Y ¿qué hemos de hacer, señor Melandro?—exclamó el hércules.

El director de la compañía acrobática y funambulésca no pudo dar respuesta alguna. Fué un grande, un doloroso silencio.

---

III

Entre tanto había regresado Giordano con las tres botellas: una la guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta, las otras iban cada una en las manos del portador. Entregó las tres botellitas al señor Melandro, y le dijo:

—Y aquí está la vuelta.

Dióle unos perros chicos.

—¿Tanto han encarecido este veneno que yo bebo?—gritó Melandro.

Y como Giordano sabía muy bien la manera de su amo, le contestó:

—Señor, yo entregué el dinero que me disteis, llenáronme las botellas que aquí traigo, me dieron la vuelta. Ya sabéis que yo no siso.

—Ya sé, hijo mío, que tú no sisas; pero me parece que nos roban, y que en este viaje, que puede que sea el último que vamos juntos, se han elevado los precios de las cosas de tal suerte que ya no sé cómo atender a vuestras necesidades.

Zompón, el payaso, iba vestido con un traje blan-



Vape' Gamala'  
1972

co, o gris mejor, lo cual significa blanco sucio. Cubría su cabeza con un sombrero hongo agujereado por cuatro o cinco partes. Ceñían sus pies unos zapatos rotos. Acercóse Zompón al jefe y le dijo:

—Bien está, señor. Veo que nuestro tiempo ha pasado. Ya sé yo desde hace muchos años que no podemos vivir juntos. Antes erais, cuando os conocí, el director de un circo. ¿No recordáis, mi amo? Allá, en la Argelia... Luego estuvimos en otras partes de África y llegamos a Casablanca. Nunca olvidaré la noche brillantísima en que vos, señor, aparecisteis sobre la cuerda floja realizando asombros que a nosotros mismos nos espantaron.

Melandro sonreía, comenzando el consumo de una de las botellitas que había traído Giordano.

—Sí—dijo—. Me acuerdo muy bien de esos y de otros triunfos que he conseguido, porque todos vosotros me conocisteis en la decadencia, en la amargura, en el dolor. Cuando yo era joven trabajaba en los grandes circos y en ellos conseguía triunfos esplendorosos. Ganaba los sueldos más grandes que jamás ningún volatinero gozó en la vida. S. M. el Emperador de Francia Napoleón III y su esposa la Emperatriz, asistieron en Marsella a una fiesta que allí se celebró para honrar la visita de los Emperadores. Tales cosas hice que el Emperador se dignó felicitarme. Fui llamado a su palco, y allí me dijo el Gran Señor: "Lo que haces es inverosímil. Nunca lo hubiera creído." Y yo le contesté: "Señor, eso no es nada. Si vuestra majestad lo ordena aún haré más." Y el Emperador



repuso: "No hagas más, porque te vas a romper la cabeza." Rieron los palatinos que rodeaban a S. M. Imperante; pero yo quedé satisfecho de aquella arrogancia mía.

Benedito, el que enseñaba a los caballos a hacer prodigios, se aproximó al señor Melandro:

—Todo eso está muy bien. Y algo he oído yo en los antiguos tiempos de la grandeza que teníais y de la habilidad que Dios os concediera... pero... ¿y ahora?...

Sin duda el señor Melandro se olvidaba de la penuria presente con el recuerdo de las dichas pretéritas. En aquella tribu, Benedito representaba el sentido común. Era italiano, hijo de un pastelero de Milán. Había andado las siete partidas en busca de un buen negocio. Y entre tantas empresas como acometió, sólo había encontrado el acierto en la domesticación o enseñanza de los animales. Fué el inventor de la mímica del mono y paseó por toda Europa una cuadrilla cuadrumana que, vestida al uso cortesano, representaba la burla de los dramas de los hombres. Luego llegó a domesticar siete loros, que andaban cantando y pronunciando palabras del argot siciliano por todas las cuerdas de un largo andamiaje. Concluyó en amaestrador de caballos. La ebriedad en que vivió siempre le fué arrojando de todas las grandes empresas y al cabo hubo de resignarse a ser siervo del señor Melandro.



Benedito había conseguido los mayores prodigios cuando éstos no le servían de nada, porque en verdad que convertir aquellos tres caballitos exánimes, hambrientos, flacísimos, en motivo de curiosidad explotadora, era algo extraordinario. Los tres caballos tenían su nombre; se los había puesto Benedito. Uno, blancuzco, muy viejo, de mediana talla; a este le llamaba él Amilcal. Otro, negro, más fuerte pero de menos altura: este era nombrado Horacio, porque, según parece, procedía de Italia y Benedito era muy amigo de su Patria y quería recordar, aun de esta manera risible, las maravillas del poeta amigo de Augusto. Y el otro, el último de los caballos que allí operaban, era Ruano. Cojeaba de la mano derecha. Benedito había logrado impedir que esa cojera trascendiera al público cuando andaba la bestia en la pista, clavándole una aguja sobre la pezuña enferma, crueldad enorme, pero no más grande que otras que se realizan sobre los que están elevados a funciones públicas, bien que su calidad sea mísera. Más de un gran señor lle-

va... no diré en su pezuña... pero sí en su cerebro, una espina que el jefe, el guía le clavó...

El señor Melandro oía con atención siempre los consejos de Benedito, primero porque sabía muy bien que éste era el elemento principal de los espectáculos; y luego porque estaba seguro de que el viejo domesticador italiano sabía de cosas circenses mucho más que él.

Y le dijo, después de las palabras que pronunciara:

—Sí, es verdad; estamos completamente arruinados. Yo no puedo aseguraros nada, ni dinero, ni sueldos, ni comida... Registradme, si queréis. No tengo sobre mí sino una cantidad tan pequeña que apenas bastará para que comamos garbanzos o habichuelas en tres días. Y no quiero engañaros; no quiero ni puedo; os debo muchos favores: este es el final de mi vida. Me siento muy enfermo, además.



Benedito intervino diciendo:

—Bien está, señor. No podemos quejarnos de vuestra amistad. No siempre habéis sido generoso, pero siempre habéis sido franco. Y así yo os ruego que me otorguéis permiso para irme de vuestro lado con mis caballos.

—“¿Mis caballos” has dicho? Pero ¿no son míos esos caballos?

Benedito contestó:

—Fueron vuestros, señor Melandro. Los abandonasteis en una de nuestras expediciones, allá en Niborna, sobre nuestra tierra, la dulce tierra italiana, donde hubo siempre pan para los hombres; pero entonces no había cebada para las bestias y yo pagué los plensos de esos caballos que yo había domesticado y enseñado a andar al compás de la música, y en virtud de ese servicio que yo os presté y de ese dinero que me gasté trabajando en otras compañías cuan-



do allí parecíais de miseria, los caballos pasaron a mi propiedad.

Melandro bebió dos o tres sorbos de su botella. Luego estuvo silencioso un rato y acabó diciendo:

—En verdad que tienes razón, Benedito. Los caballos son tuyos, y como yo no puedo darles pienso ni a ti puedo dar sueldo ni beneficio alguno, ni contrato de ninguna especie, sepárate de mí para siempre.

Y luego el viejo se puso en pie, tiró la pipa al suelo, bebió hasta que le faltó la respiración el contenido de una de las botellitas, y dijo:

—Todo ha acabado entre nosotros. Yo voy a morir no sé dónde. Es probable que mañana ingrese en el Hospital provincial madrileño. Vengo enfermo; padezco un enorme catarro, siento una asfixia que me quita la respiración. Andad por donde podáis, que yo ahora mismo tomo el camino del rincón de la muerte.

Los otros elementos de la tribu funambulesca manifestaron sorpresa y dolor; pero comprendieron que era imposible continuar la aventura.

Benedito se llevó los caballos. El carro quedó allí abandonado. Las hembras se fueron por donde les pareció mejor. No quedó allí nadie que vallera la pena de ser contratado en ningún circo ni en ninguna feria lugareña.

Giordano, que había escuchado todas estas cosas silenciosamente, se dirigió al señor Melandro y le dijo:

—Bien, señor. Y ¿qué va a ser de mí?

El viejo circense miró con sus ojos tristísimos al niño, Giordano, y le dijo:

—¿Qué va a ser de ti? No lo sé, hijo mío. Has sido muy bueno conmigo. Yo te cacé en un viaje. Tus padres me dieron tu vida por unos cuantos duros, allá en la montaña leonesa. Nunca creí que hubiese de abandonarte. Tú has hecho cuanto yo te he mandado. Has sido muy bueno, bonísimo, honradísimo. Te engañaría, y eso no puedo hacer yo contigo, si te asegurase la vida. La vida mía va a acabar pronto. Búscatela tú por esos mundos. Ya sabes cuanto hay que saber de nuestras artes para fascinar al público.

Giordano lloraba. El viejo Melandro se estremeció cordialmente. De todos los varones, de todas las hembras que le habían rodeado en su largo vivir aventurero, aquel niño era el que poseía su admiración y su cariño. Besó a Giordano en la frente; le estrechó en un abrazo. Giordano se separó. Pero entonces dijo el muchacho:

—Veo que todo se descompone. Cada uno arranca de aquí con lo suyo. ¿Y mis perros? ¿Y mis perritos? ¿Y mis cinco perros, los que usted amaestró, los que yo presentaba ante el público, quién se los va a llevar?

El maestro de la tribo gritó para que todos lo oyesen:

—Estos perros son de Giordano. Que se los lleve por donde quiera.

Giordano comprendió que en aquel momento había concluido su antigua historia. Había él de conseguir una historia nueva con el esfuerzo de su alma. Pensó largamente en el caso, y como aún no se apartara



de su presencia el viejo maestro Melandro díjole:

—Y bien, señor; os agradezco las atenciones que me habéis dispensado. Me cogisteis muy niño, allá en una carretera leonesa, cuando mis padres me abandonaron. Me habéis concedido cariñosísima atención. Me apena separarme de vos, señor Melandro.

El viejo, que ya se había puesto en pie para retirarse a su albergue definitivo, un hospital, volvió a sentarse en el banquito que le había proporcionado una de sus discípulas funambulescas. Dijo a Giordano:

—Tan ansioso estoy de llegar al lugar en que he de morir entre las blancas tocas de las hermanas y bajo la protección de los sabios doctores, que solo por el cariño que me inspiras me detengo de nuevo. Has de saber, Giordano, que yo te puse este nombre cuando eras muy niño. Nunca te he tratado mal, aunque es fama entre los que cultivamos el circo ambulante, que abusamos de los niños y aun los robamos a sus padres... Has de saber, hijo mío, Giordano, que yo te puse este sonoro apelativo, esperando que lo harás célebre. Me hacías gracia a mí y se la hacías al público cuando aparecías, con los cinco perros que me amaestraste bajo mis indicaciones y enseñanzas, en las ferias lugareñas. Te llamé Giordano, y con ese nombre te adoro y te quiero... Y ahora vamos a separarnos para siempre... Tú sabrás ganarte la vida, tú tendrás, con tus cinco perros, un caudal... Espero que las circunstancias te sean propicias.

Giordano se acercó al viejo, le besó en la frente.



Y el viejo le estrechó entre sus brazos. Entre tanto los perros ladraban, como adivinando que algo extraordinario ocurría en su vida.

Y así acabó esta escena, que voy a continuar narrando en la siguiente.



## VI

Se verificó rápidamente la dispersión de la compañía. La más rápida fué en las mujeres. Ya habían recibido, sin duda, proposiciones de contrata en otros circoos o en otros negocios en que la bella feminilidad tiene siempre dulce acomodo. Quedóse atrás Betilia, la que saltaba por el aro de papel de seda, montando en el caballo, en aquel pobre y viejo caballo blanco que apenas podía con sus herraduras. Esta muchacha, Betilia, se detuvo un poco en el viaje de dispersión de la troupe del anciano Melandro, y dijo a Giordano:

—Pero ¿es que vamos a separarnos así?

Giordano repuso:

—Si tú te vas, ya sabrás lo que de ti ha de ser. Yo no te mando que te vayas; yo quiero que estés conmigo. Pero si no puedes estar o no quieres, cada uno seguirá su suerte.

Betilia contestó:

—Ya sé que no me quieres, ya sé que no experimentas ningún sentimiento grato para ti. Anda con

Dios; pero sabe que no encontrarás una muchacha que te quiera como yo te he querido.

Giordano sonrió, poniendo en sus labios un gesto desdeñoso.

Y no hubo más palabras. Betilia se alejó con la troupe que se disgregaba, y Giordano se quedó con sus cinco perros.

## VII

De esta manera, mientras el campo de Viena quedaba libre de sus invasores, permaneció quieto Giordano con sus dóciles canes en torno. Una inmensa amargura llenaba el alma del chicuelo. En la diestra tenía el látigo, indicio de su autoridad sobre aquellos animales domesticados.

La hueste de las mujeres se alejaba despacio, mirando de cuando en cuando a Giordano. La más joven de éstas, la llamada Betilia, no pudiendo contener sus ímpetus espirituales, volvió corriendo hacia el grupo que formaban el mocito y los cinco chuchos.

—Pero, ¿es posible, Giordano, es posible—gritó la muchacha—que me dejes ir de esta manera? Pero ¿no sabes que yo sin ti no seré nada y que tú sin mí no serás nada tampoco?... Déjame, déjame a tu lado. Ya verás cómo peleamos y cómo vencemos.

Giordano tenía una frialdad de espíritu asombrosa. Miró a la muchacha, que era muy linda, a través de los guñapos de su traje. Permaneció silencioso. Por fin contestó:

—Si quieres, quédate; si no quieres, vete.

—¿Nada más que eso me contestas?

—Nada más.

—¿Es que no sabes cuánto te quiero? ¿Es que no estás seguro de mí?

Giordano sonrió y guardó otro largo silencio. Por fin cogió las manos de Betilia y dió la respuesta que la muchacha esperaba:

—Ya sabes que te quiero, ya sabes que sin ti no podría vivir; pero tengo miedo de tu falta de fidelidad. Estás demasiado mirada de los hombres y yo quiero que la mujer que me ame sea solamente para mí.

Betilia se arrojó en los brazos de Giordano, le oprimió fuertemente sobre el seno, y gritó:

—Solo para ti y solo de ti. No quiero sino que me permitas que te acompañe, que sea tu fiel conductora. Sé más que tú de los hombres...

—Eso temo, Betilia—gimió Giordano—. Sabes tanto de los hombres, que acaso sea yo tu víctima.

—¡No! ¡No! No temas de mí nada. Seré tu novia, tu compañera, tu hermana. Trabajaremos juntos. Tú verás si ganamos dinero, tú verás si vivimos felices.

Y entonces la chiquilla, conocedora del secreto de la domesticación de los perros, agitó sus manos en el aire, castañeteando, y los bichejos se pusieron en pie, ladrando alegremente, circularon dos o tres veces en torno de los mozos y como si comenzaran su aparición ante los públicos de un circo.

Betilia gritó:

—Mira cómo me entienden tus animales. Ellos me proclaman como reina y señora. Yo quiero que tú seas mi **señor** y mi rey. Vamos por el mundo, vamos a **trabajar** y vivir.





## VIII

Y aquí se interrumpen las noticias que el autor tiene de esta caravana titiritera. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Lo ignora el narrador de los sucesos; pero entre sus apuntes aparece uno que dice así:

“Circo Nacional de Casablanca.—Con motivo de los triunfos de la República francesa, este circo celebrará en la noche inmediata una gran función gimnástica, mímica y acrobática. El director de la compañía, monsieur Giordano, exhibirá su colección de perros amaestrados, y mademoiselle Betilla flotará sobre el alambre tendido, realizando prodigiosas evoluciones. La guarnición de Casablanca honrará con su presencia el acto...”

Esto significa que la troupe de Giordano y Betilla se había engrandecido poderosamente. Ya formaba, el que antes fué mozo aventurero a las órdenes de Melandro, una compañía importante. El que en el descampado de Maudes era niño, se había convertido en hombre formal. La adolescente Betilla había adquirido el desarrollo propio de la juventud lozana. Todo

había cambiado, menos los perros. Los cinco canes de Maudes seguían viviendo, cada vez más dóciles, cada hora más sabedores de los ejercicios que les habían mostrado. Allí estaba "Blancaflor", el perro blanco, el perro albino, que saltaba prodigiosamente; allí "Francamora", el lebel prodigioso, que cantaba acomodando sus ladridos a ciertos tonos musicales; allí "Ratuela", el minúsculo galguito, que representaba en la compañía perruna el papel de clown; "Zorzal", el que se avenía a que le vistiesen de bandido andaluz y manejaba una pequeña escopeta, disparándola cuando el látigo del maestro lo disponía, y, en fin, allí estaba "Murcielo", el animalito que, con un aparato inventado por Giordano, se convertía en murciélago y sabía volar en una distancia de cinco o seis metros, salvando obstáculos que hasta entonces ningún perro había vencido... Y para guiarlos en las evoluciones y en los trabajos, mademoiselle Betilia se vestía con un traje de pieles rosas, coronaba su hermosa cabeza con una diadema de cristales y asombraba al público, no sólo por la elegancia de los ejercicios, sino por la hermosura infinita de su rostro y de su figura.

Desde el día en que la compañía gimnástica de Melandro se disolvió en los altos matritenses de Maudes, hasta el momento en que Giordano y Betilia se nos reaparecieron como directores de un importante negocio circense, habían sufrido mucho los dos artistas, llamémoslos así. Primero recorrieron pueblos y aldeas, ofreciendo a las muchedumbres lugareñas el escaso repertorio de sus habilidades, y así pasaron algunos años. Cierta empresario de Barcelona, que se encontraba sin elementos para divertir al público, conoció al muchacho y a su compañera en cierta población del reino de Valencia, y pareciéndole que algún interés ofrecían el domesticador de canes y la gentil funámbula, los contrató en regulares condiciones. Ese fué el punto de partida para llegar al triunfo. La fama que ambos ganaron y sus ahorros, les permitieron trabajar por cuenta propia. Rodeáronse de otros de su calaña y empezaron a dar funciones en capitales de provincia en la época de las ferias. Habían adquirido un circo de lona, que hubo de vender a bajo

precio otro empresario en desgracia. La fortuna les fué propicia. Realmente Giordano hacía prodigios con sus perros y Betilia dominaba de tal suerte el equilibrio sobre el alambre, que los públicos quedaban satisfechos y repetían la visita.

Entre los nuevamente contratados por Giordano se hallaba Yacow, payaso gracioso que inventaba o repetía los trucos de más fama. También fué contratado un hércules, apodado "Nemrod", que poseía unos bíceps fabulosos, y con estos elementos y otros de menos cuantía, podían formar programas interesantes y agradables.

Donde el negocio les fué mejor fué en Málaga, donde permanecieron todo un verano con llenos incessantes. De allí embarcaron para Argelia y dieron funciones en cuatro o cinco poblaciones de aquella comarca. Más tarde, siguiendo la costa, llegaron a Casablanca, donde también les acompañó el éxito.

Betilia había llegado a ser una mujer hermosísima. Giordano, que en un principio no había sentido por ella un amor demasiado profundo, acabó por adorarla, contribuyendo a ese desarrollo de su pasión el ver a la moza asediada por las codicias de los varones. Acabó el pobre por ser celosísimo, no sin que le diera motivo la muy taimada para esos dolores. Ella era vanidosa y amiga del lujo. Cuando su compañero la reprendía porque intentaba una vida superior a los medios que les daba la empresa, ella respondía airadamente:

—Yo no he nacido para pobre, yo quiero ser rica, yo quiero gozar de la vida.



Fué un martirio constante el de Giordano. Veía que aquella mujer se le marchaba de las manos; temía que de improviso se escapara con alguno de sus admiradores. Estaba muy bien enterado de que a espaldas de él ella se dejaba cortejar. Hubo escenas muy violentas, diálogos muy vivos. Todo indicaba que al fin y al cabo todo acabaría de mala manera.

Yacow, que había tomado gran cariño a su jefe, le indicó que debían andar con mucho cuidado y aislar a la mujer de ciertas amistades. A estas noticias contestó Giordano dando un par de sopapos al payaso, el cual, en vez de enojarse, contestó:

—Os quiero demasiado para que me ofenda este mal trato. Sois muy injusto conmigo; pero yo os seré fiel perpetuamente, tan fiel como los perros que han sido la base de vuestra reputación.

Y de esta suerte iban los días desenlazándose, más tristes que alegres, más accidentados que pacíficos.

Buscando Betilia nuevos modos de entusiasmar a las multitudes, presentábase como guía de los perros, sin perjuicio de hacer ejercicios prodigiosos en el alambre. Eso la permitía lucir dos trajes diferentes, buscando en ellos maneras de que su bizarra belleza electrizase a los espectadores.

En Casablanca fué solicitada de varios opulentos negociantes. Uno de ellos, egipcio de nación y contratista de obras pública de la plaza, poseía un fortunón y lo gastaba en lujos extraordinarios. Daba fiestas maravillosas en uno de los mejores hoteles, poseía dos automóviles, de cuando en cuando hacía

viajes a Europa y era el ansia de todas las mujeres libres que habían invadido la ciudad.

No dejó de advertir Giordano que Dorio Osiris, que así se llamaba el especulador afortunado, tenía puestos los puntos a la bella Betilia. Enviábala con frecuencia magníficos ramos de flores. En uno de los beneficios que a favor de la artista se dieron, le regaló una pulsera estupenda, cuajada de piedras preciosas. Quiso Giordano que el regalo fuese rechazado, pero ella se negó en absoluto. Antes bien, lo lucía siempre sobre su muñeca izquierda y contestaba a requerimientos del rijoso Osiris con palabras de esperanza.

Una noche, habiendo sorprendido Giordano a Betilia en coloquio con el egipciaco, se alborotó terriblemente, amenazó al atrevido y opulento tenorio con matarle si se propasaba en lo sucesivo y si no perdía para siempre toda esperanza de ser favorecido. A tal actitud contestó Osiris obteniendo de la autoridad de Casablanca una orden de expulsión para Giordano y su compañía. Consiguió Giordano que esa orden no se cumpliera, habiendo hallado en los agentes del Gobierno de la República justa atención a su ruego.

Betilia se indignaba ante la conducta de su compañero:

—Está visto que tú lo que quieres es que nos arruinemos y nos muramos de hambre. ¿No estás seguro de mí?

No contestaba Giordano con palabras. Agitaba sus puños con crispaturas de ira y de sus ojos llameantes saltaban lágrimas de inmensa amargura.



Yacow unía a sus habilidades de acróbata la de recitador de monólogos que él mismo componía. Referíanse ellos, ordinariamente, a escenas de la vida corriente. Había creado, con verdadero ingenio, un tipo de moro, amigo de los franceses, al que puso el nombre de Bujarset. Este, o sea el payaso, disfrazado con el jaique y la chilaba, era pródigo en chistes, que así producían la carcajada de los europeos como de los moros. Y una noche, en medio de la estupefacción de los oyentes, contó la siguiente historia:

—“Habéis de saber, mis amigos, los que me oís que en cierto pueblo de esta costa había una compañía de titiriteros, como la nuestra, y en ella una hermosísima mujer que producía la locura de cuantos la admiraban. Un gran señor de aquellas tierras, que apaleaba el oro, se enamoró de la titiritera. El marido de ésta no se había enterado bien del mal camino que para su decencia llevaban las cosas, hasta que ocurrió que la preciosa hembra se fugó con aquel millonario. ¿Qué creeréis que hizo el marido? ¿Se



desesperó trágicamente? ¿Se resignó con su mala ventura? ¿Lloró? ¿Vociferó? ¿Buscó al rival afortunado? Nada de eso, mis buenos señores. Lo que hizo fué rabiar donde nadie le veía y continuar trabajando en la pista como si nada le hubiera ocurrido."

Siendo muy conocido en Casablanca el caso de Bettilla y de Osiris, los espectadores rieron, vociferaron y quedaron absortos ante la audacia del payaso; pero a quien más le sorprendió y encolerizó fué a Giordano, el cual delante del público agarró de un brazo a Yacow, le llevó a un rincón en el que se vestían los artistas, y le gritó:

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? Eres mi amigo o eres un miserable que quiere ponerme en ridículo ante las gentes?

Yacow repuso con asombrosa serenidad:

—Lo que he hecho es poneros un botón de fuego a ver si acabáis con esta vergüenza, que a todos nos indigna.

—Pero ¿qué pruebas me das de que eso es cierto?—rugió Giordano.

—Muchas os he dado, muchas más podría daros. Lo que sí os aseguro es que todo el mundo lo sabe, que sois la befa del público. Que buena parte de gente viene al circo, no a ver cómo trabajamos nosotros, sino a ver si estos amores del rico Osiris y de la liviana Bettilla presentan algún nuevo detalle que satisfaga la infame y cruel curiosidad.

—¿Y supones que yo iba a ser como el marido

de tu cuento?—gritó Giordano—. Pues ya verás cómo no.

—Habéis de saber que yo también tuve una amada, que ella me traicionó; pero no pasaron las cosas en balde: yo la ahogué en el mismo circo en que ambos trabajábamos... Prodújose una horrenda alarma entre los espectadores. Yo conseguí escapar; sufrí mucho; pero aunque hace tantos años del suceso, aun me duele el corazón pensando en él, y como os quiero, os quiero mucho y os admiro, no aspiro sino a que no sentéis plaza de marido burlado que se resigna. Valéis mucho para adoptar tal resolución. Seguid mi consejo. Tomad precauciones, y si es preciso, separaos de Betilia, arrojadla de vuestra compañía. Váyase con el rico Osiris o ande sola por los caminos; lo que ella merece es vuestro desprecio.

---

## XI

Quedo Giordano sometido a la angustia que su dolor le producía. Era como si toda su existencia se derrumbara en un aniquilamiento sin fin, en una agonia sin muerte. En la soledad sentimental en que siempre viviera había ido depositando todos sus amores en Betilia. Y al mismo tiempo que iba creciendo la hermosura de ésta, crecía también la pasión que le inspiraba la desenvuelta funámbula. Puso en esa pasión mayores vehemencias la inquietud de la posesión. Porque es sabido, y así lo proclamó el Maestro de Amores, que dicha disputada es desventura amarguísima, y a cada vuelta de cuerda que el verdugo da se va agigantando el ansia de gozar lo que se teme que se escapa en irremediable fuga.

Preciso será que se advierta que desde que Betilia se destacó como suprema hermosura, hasta los aplausos del público enojaban al triste. No por emulación de artista. No, en modo alguno. Todos los triunfos imaginables se los hubiera otorgado él a su adorada, si ella los quería; sino porque sus celos

veían en esos agasajos millares de hombres enamorados de su compañera. Y enamorados, no; pero codiciosos de tanta belleza sí que los había por centenares entre los espectadores.

Cuando uno de ellos se atrevió a dirigirse a Betilia, entonces el tormento se agudizó bárbaramente.

Había llegado el momento, y era necesario resolver. No le cabía duda respecto a que ella se inclinaba con placer a esos obsequios, no sólo por el ansia de fortuna, sino por el gusto de verse tan solicitada por hombres importantes.

Giordano pensaba: “¿Cómo podré resistir la competencia, siendo como soy un mísero y despreciable volatinero, el más vil de los oficios y el más despreciable? ¿Qué puedo yo ofrecer a Betilia sino las humillaciones de la cruel multitud, que ya aplaude, ya silba?...”

Y de este modo, la horrenda verdad entraba como cuña de hierro enrojecido en el corazón del domesticador de canes.

Cayó enfermo. Se vió imposibilitado de comparecer ante el público. En el cuartucho improvisado con tablas rotas en un rincón del circo que servía de albergue a Giordano, éste tuvo instantes de tan fiera y desolada desesperación, que su mano acarició el revólver y hasta colocó el frío cañón cerca de la frente; un movimiento habría bastado a poner fin al martirio. Pero cuando el suicidio iba a consumarse, el hombre adivinaba lo por venir: Betilia, libre de toda traba, se entregaba al elegido de su sensualidad o de

sus ambiciones, y él, Giordano, habría sido el autor de la irresponsable felonía... ¡No, no...! ¡No era posible! ¡Había que batallar, había que imponer castigo a la traidora y al robador de su dicha...!

En los días en que el pobre titiritero hubo de permanecer en el lecho, bajo el imperio de frenética excitación nerviosa, sólo le acompañaban los perros, que, echados en la tierra en torno de su amo, parecían congregados para defenderle. La lealtad se había refugiado en aquellos animalejos.





## XII

Una mañana le dijo Yacow:

—¿Qué hacéis, Giordano?... ¿Véis cómo os dije que era necesario imponeros un castigo para que salieseis del estupor y de la melancolía? ¿Véis como os falta el brío necesario?... Habéis desfallecido. Parece que os resignáis a la vergüenza. Si es así, aunque no sea esa la solución que vuestra dignidad exige, aún cabe poner término al ludibrio. Despedíos de Bettilia. Mandadla noramala. Recobrad la libertad. Después de una convalecencia podréis vivir luego... Levantemos el circo y erijámosle donde no os conozcan. Vamos a Tánger, que en esta época es buena para el negocio...

—No sigas hablando, Yacow—interrumpió Giordano—. Tú no sabes lo que pasa por mí. No me falta valor para todo: para matar, para morir... Pero es que todavía tengo esperanza... Ni se abandona la única felicidad posible sin buscar todos los medios de conservarla.

Rió con burla el payaso.



—Estais loco. Desechad esa esperanza. Ni creo, en verdad, que creais en ella... Unicamente cabe una de estas tres soluciones: o matar, o morir o resignarse... Sabed que Betilia está de acuerdo con Osiris. Se alejarán pronto. Hasta tienen tomado pasaje en el "Dyerrich", que zarpará mañana con rumbo a Marsella...

—¿Qué me dices?—gimió Giordano.

—Os noticio el programa acordado por los miserables.

—Y ¿cómo lo sabes?

—Lo sé porque velo por vuestra dignidad, porque he sufrido en otro tiempo los mismos dolores que vos sufrís..., porque soy vuestro leal amigo...

Permaneció silencioso un espacio Giordano. Luego añadió:

—Está bien. Déjame solo.

—¿Saldréis esta noche a la pista?

—No lo sé.

—Es la hora de imprimir los carteles.

—Veremos lo que hago.

Y así acabó el diálogo.



### XIII

Poco después Giordano llamó a Betilia, que estaba en su habitación, no más grande ni más cómoda que la de aquél, pero sí adornada con pañuelos de Manila y flores. Acudió la garrida volatinera.

Muy serio y grave, dijo Giordano:

—He resuelto levantar el circo. Nos vamos a Tánger para continuar allí el trabajo. Esta noche daremos en Casablanca la última función. Yacow, Zelucco, los carpinteros y los mozos quedarán aquí para desarmar el tinglado y embarcarlo. Nosotros saldremos mañana en el "Dyerich" para Tánger. Te lo participo para que arregles esta misma noche tu equipaje. Nada más. Ya lo sabes.

Betilia quedó silenciosa, como si no tuviera que oponer comentario alguno a la orden, o como si la actitud serena de Giordano la hubiera sorprendido. Luego repuso:

—No has contado conmigo para esa decisión.

—No es necesario. Yo soy quien manda.

Tras otro silencio añadió ella:

—Pues yo me niego a obedecer.

—No tendrás más remedio que obedecerme. Tengo sobre ti derechos y autoridad.

—Tampoco acepto eso. Derecho sobre mí, ninguno tienes. Tú te irás donde te plazca con tu circo. Yo me quedaré o me iré donde bien me parezca.

Estas palabras acabaron con la calma aparente de Giordano. En un arrebató de los propios de su calidad, gritó:

—No pongas a prueba mi paciencia. Harto he sufrido. Calla y obedece.

—Ni lo uno ni lo otro... ¿Imaginas que voy a seguir siendo tu víctima...? Eso acabó. Tengo libertad para disponer de mí. Y voy a disponer. Desde este momento quedamos separados.

—No te separarás de mí, aunque lo intentes. No eres mi esclava, pero sí mi compañera. Voluntariamente te uniste a mí.

—Voluntariamente me aparto. Déjame... y ¡hasta nunca!

—¡Nunca, nunca...!

Y suplicante, ardiendo en deseos de amor, Giordano sujetó entre sus brazos a la hermosa.

—Sin ti no podría vivir... Te amo, te idolatro... Olvida los malos pensamientos que te perturban. No quiero mi dicha por egoísmo, sino por tu mismo bien. Los que te pretenden te abandonarán. Me espanta pensar lo que te espera si te falta mi amparo...

—Eso no es cuenta tuya— Prefiero un año de felicidad a una eternidad a tu lado.

—¿Me odias?

—No. Te desprecio.

—¡Miserable!... ¡Ingrata!... No, y cien veces no. O serás mía o de la Muerte.

—No te atreverás... Eres un cobarde.

—Yo he querido hacer de ti una mujer decente... Tú vas a convertirme en un criminal, en un asesino.

Betilia soltó una horrible carcajada de desprecio.

—Tengo quien me defienda.

—Llegará tarde... porque vas a morir ahora mismo.

Los ojos de Giordano echaban fuego, sus manos se estremecían convulsivamente. Cogió con ellas la garganta de la hembra; la oprimieron con furia. Ella se desasó y quiso salir del cuchitril. Pero él volvió a sujetarla. Hubo un espantoso forcejeo. Ella lanzó un grito, que más que de espanto parecía un aviso, una llamada de socorro a alguien que debía estar cerca en el acecho.

Así era. La puerta fué derribada de un vigoroso puntapié, y apareció Dorio Osiris, al que acompañaban dos de sus criados, negros y hereúleos. Eran sus servidores de confianza, que no le abandonaban nunca.

—¿Qué es esto?—gritó el opulento egipcio—. Estás abusando de la debilidad de una pobre mujer. Déjala, pídele perdón y márchate.

Entonces Giordano se avalanzó sobre Osiris. Sacó del bolsillo de su chaqueta una daga, y sin que el atacado tuviera tiempo de ponerse en guardia y sin que a los negros les fuera dable intervenir, le hirió en el pecho.



Cayó al suelo Osiris. Un borbotón de sangre surgió de la herida. Giordano se dispuso a resistir a los negros, que querían sujetarle. También a ellos alcanzó la daga, esgrimida con fereza irresistible. Betilla escapó dando alaridos. Pronto se habían reunido allí casi todos los titiriteros. El que llegó primeramente fué Yacow.

Los siervos de Osiris habían huído. Ambos iban heridos y pedían amparo a la autoridad.

Yacow exclamó:

—Esto es el final; pero no había otro remedio... Escapad. Acaso aun es tiempo.

Giordano repuso:

—No. No huiré. Que me prendan, que me maten... Es mi sino.



---

---

#### XIV

Y así concluye el triste relato. Giordano fué re-  
cluido en la cárcel. El circo, ropas y aparatos queda-  
ron embargados para responder de los gastos del pro-  
ceso. Betilia desapareció, sin que volviera a saberse de  
ella. La compañía circense se desbandó. Los perros  
vagaban aullando en torno de la cárcel, como si re-  
clamaran la salida de su amo. La muerte de Dorio  
Osiris no causó pena a nadie. Se había hecho rico con  
la desgracia ajena. Su tumba espléndida fué maldita  
de la multitud.

Enero 1922.

*J. Ortega Munilla*

---



# LA NOVELA DE HOY

NÚMEROS PUBLICADOS

---

I EL MOMENTO DIFÍCIL, por Pedro Mata.

*Ilustraciones de RIBAS*

II LA CAZA DE LA MARIPOSA, por W. Fernández Flórez.

*Ilustraciones de PENAGOS*

III PANDORGA, por Ramón Pérez de Ayala.

*Ilustraciones de RAMOS*

IV. GIORDANO O EL CUENTO DE LOS CINCO PERROS, por José Ortega Munilla.

*Ilustraciones de ZAMORA*

No deje usted de comprar,  
leer y coleccionar todas las se-  
manas

## **LA NOVELA DE HOY**

que en cada número ofrecerá a  
usted una obra rigurosamente  
inédita de escritor afamado,  
ilustrada por uno de los mejo-  
res dibujantes, con interesante  
conversación con el autor.

Lea usted

## **LA NOVELA DE HOY**

En nuestro número próximo publicaremos

# El amigo de "la Curri"

por

**JOAQUIN BELDA**

Ilustraciones de ROBLEDANO

---

---

Lea usted

# EL HIJO LEGAL

(NOVELAS)

por

ARTEMIO PRECIOSO

prólogo de

W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

---

Precio: CUATRO pesetas en todas las librerías

## LA NOVELA DE HOY

Oficinas: Prado, 2, segundo.  
APARTADO 473

### PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

#### MADRID Y PROVINCIAS

Año..... 14 ptas.  
Semestre..... 8 —

#### EXTRANJERO

Año..... 22 ptas.  
Semestre..... 14 —

#### PORTUGAL

Año..... 16 ptas.  
Semestre..... 10 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal, sellos de correos o sobre monedero.